El leonés Alonso de Neira (1635-1706) transmitió su experiencia misional directa en contacto con los hombres y la cultura de la nación achagua, en el Llano de Casanare, a los que misionó durante 45 años. Las historias de Rivero y Cassani lo muestran como gran fundador de pueblos. Su obra escrita en latín, castellano y achagua ha desaparecido en gran parte, aunque se ha conservado el arte y vocabulario que escribió sobre esta última lengua.

El valenciano José Gumilla publicó en Madrid, en 1741, *El Orinoco ilustrado*, una obra que encaja con la apertura a las ideas y ciencias de la Ilustración. Además de ser superior, explorador y misionero, fue escritor incansable de filología, historia, memoriales y cartografía. Cultivó la filología indígena, pues trabajó al menos cinco lenguas, aunque dominó principalmente la lengua betoye, en la que consta que escribió manuscritos de gramática, vocabulario, catecismo y pláticas.

El italiano Felipe Salvador Gilij fue uno de los expulsados en 1767. Su obra *Saggio di Storia Americana* (1780-84), fue pronto traducida al alemán y al español. Es una valiosa aportación histórica, antropológica y lingüística. Sus conocimientos en este campo otorgan a Gilij un puesto de honor en las ciencias lingüísticas mundiales.

Esta obra del P. José del Rey es de las que no se improvisan. Puede decirse que es el fruto de un trabajo científico cultivado durante sesenta años. Todas las afirmaciones y comentarios están sólidamente documentados, como lo demuestran las 2.358 notas a pie de página, el elenco de 13 archivos consultados y la bibliografía selecta y especializada con los nombres de no menos de 150 autores (p. 627-692). Muchos de ellos engloban bajo su nombre buen número de obras, empezando por el autor, que cita 50 de sus obras, publicadas desde 1958 hasta hoy: edición de fuentes, estudios sobre jesuitas relevantes como Gumilla o Gilij, monografías sobre colegios e instituciones, obras complexivas como los 6 tomos de la historia de los jesuitas en Venezuela y numerosos temas culturales, educativos y lingüísticos. Esta obra sobre la Orinoquia puede considerarse como la actualización y el resumen de muchos años de investigación. MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.

BURRIEZA SÁNCHEZ, JAVIER, *Letras Descalzas. Escritoras y lectoras en el Carmelo de Valladolid*. Ayuntamiento de Valladolid, 2015, 313 pp. ISBN: 978-84-96864-95-5. 196

Javier Burrieza cultiva, entre sus especialidades, la historia cultural y religiosa durante la Edad Moderna. Dentro de este campo ha dedicado trabajos muy originales y bien documentados a la espiritualidad femenina, en estudios de carácter sociológico y en monografías sobre la vida conventual de Valladolid. En 2013, con motivo del 150 aniversario de la presencia de la Orden de la Visitación en la ciudad, publicó un libro memorable: *El Claustro de las Salesas*. En este año, 2015, al cumplirse el quinto centenario de Santa Teresa, nos ha regalado otro libro precioso: *Letras Descalzas*.

Un convento de clausura en los tiempos antiguos era algo más que un islote de mujeres apartadas del mundo, sin conexión con las gentes que las rodeaban. En la España de la Edad Moderna todos los conventos de monjas eran de clausura. La profesión religiosa femenina era un estado de vida que gozaba de gran estima social, pues la consagración a Dios por medio de los votos atraía igualmente a nobles y plebeyas. En los conventos de monjas resonaban los acentos religiosos y culturales de la ciudad. Incluso repercutía en ellos la economía de la comarca, pues la subsistencia de las comunidades dependía de las buenas o malas cosechas, que repercutían en las limosnas y las rentas. El arte, con sus pinturas, esculturas y orfebrería, dejaba también su huella en los edificios conventuales. Un convento de clausura era, por tanto, una institución que reflejaba el alma de la ciudad, su espiritualidad, su cultura, su arte y su literatura. Estos aspectos aparecen en las dos obras que hemos señalado. Vamos a detenernos en la última.

El Ayuntamiento de Valladolid se ha esmerado en la elegante presentación externa de la obra, que empieza con unas palabras del alcalde de entonces, F. J. León de la Riva, y ofrece unos complementos gráficos bien elegidos y reproducidos.

El tema del libro es la historia del Carmelo de Valladolid, durante su siglo más glorioso, que comienza en 1568 (es la cuarta fundación de la Santa Teresa) y concluye en 1666, cuando muere la cronista que dejó constancia escrita de las fundadoras. El título del libro, *Letras Descalzas*, nos indica la perspectiva desde la que se contempla el primer siglo del convento. Es una perspectiva eminentemente cultural, y más en concreto literaria: *escritoras y lectoras en el Carmelo de Valladolid*. Las protagonistas son las carmelitas fundadoras del convento vallisoletano, las que escribieron y las que dieron motivo para que escribieran de ellas. Javier Burrieza nos presenta un desfile muy interesante de figuras femeninas. Son una treintena de monjas que tuvieron relación con Santa Teresa en el convento de la Concepción. Entre ellas están las siete que la acompañaron desde Medina del Campo, y las 23 que profesaron en Valladolid antes de la muerte de la Madre, acaecida en Alba de Tormes el 4 de octubre de 1582. Estas últimas eran muy jóvenes cuando conocieron a la Madre, y prolongaron su vida hasta bien entrado el siglo XVII. El libro relata la edad de oro del convento, en un Valladolid pletórico, cuando era corte de España y foco de la espiritualidad barroca, donde vivían artistas como Gregorio Fernández, y escritores ascéticos como los padres La Puente y La Palma.

El libro tiene siete densos capítulos, con notas abundantes que respaldan las aportaciones con la mejor bibliografía específica, y con las mejores fuentes impresas y manuscritas. Entre las fuentes impresas se destacan, como era de esperar, las citas teresianas, siempre sorprendentes; y entre las manuscritas, las obtenidas de los libros, documentos y crónicas del archivo del convento. A manera de conclusión, el libro concluye con «una reflexión sobre el archivo conventual», haciendo una historia del mismo e insistiendo en la necesidad de poner a

buen recaudo el gran bien cultural que significan, en general, los archivos de los conventos femeninos.

Sin perder de vista el argumento envolvente del libro, que son las *Letras Descalzas*, el autor nos va guiando por siete capítulos, que son como las siete moradas del mismo. Empieza con la vida de Santa Teresa (capítulo I) y sigue por las estancias de la misma en Valladolid como fundadora o transeunte (capítulo II). Se adentra luego en la clausura del convento, para trazar un resumen de sus edificios y su sostenimiento económico (capítulo III). Nos habla después de las monjas literatas en general, o de las relaciones de las carmelitas con las actividades literarias (capítulo IV). Con estos prolegómenos queda expedito el camino para el desfile de las fundadoras, las que acompañaron a la Santa, y las que se agregaron a éstas (capítulo V). Los dos últimos capítulos se concentran en las monjas que más se destacaron por sus actividades literarias: las hermanas Sobrino (capítulo VI), la escritora Teresa de Jesús Vela y la gran cronista Petronila de San José (capítulo VII).

El libro está lleno de sabrosos detalles sobre la religiosidad barroca y sobre la ciudad de Valladolid y sus gentes. Apuntamos solamente algunos de los detalles más originales.

En el capítulo I (*Retrato de una monja singular en el siglo XVI*) se nos ofrece un resumen de la vida de Santa Teresa, resaltando sus aspectos más singulares (su familia conversa, donde encontró mucha ternura y se aficionó a los libros). Más que una repetición de datos conocidos, el autor se esmera en ofrecer comentarios atinados sobre los trasfondos que explican la vida de la Santa. De ahí la atención a lo femenino, lo sociológico, lo cultural y lo religioso, como elementos imprescindibles para entender la vida y el mensaje de Teresa de Jesús.

El capítulo II (*Las presencias vallisoletanas de la Madre Teresa de Jesús*) no se limita al relato pormenorizado la cuarta fundación de la Madre Teresa en la ciudad del Pisuerga, donde llegó en agosto de 1568, para instalarse primero en Rio Olmos, después en una casa de la corredera de San Pablo y por último en el solar definitivo. La fundación de Medina del Campo en 1567 fue el precedente de la fundación vallisoletana, pues de Medina procedían las monjas que la acompañaron. Además de la estancia fundacional, Teresa pasó por Valladolid en otras ocasiones, para fundar en Palencia y Burgos (1580 y 1582). Muy importantes son, además, las personas que la Santa encuentra en estas estancias vallisoletanas. Allí, como en otras partes, encontró a jesuitas favorables como el P. Baltasar Álvarez o el P. Ripalda, bienhechores insignes, y sobre todo, la presencia de su primer «novicio» fray Juan de Santo Matía. Entre los bienhechores se destacan los Mendoza. El obispo de Palencia (a cuya diócesis pertenecía entonces Valladolid) era don Alonso de Mendoza, que la había ayudado en la primera fundación de San José de Ávila, y ahora volvía a protegerla de nuevo. La hermana del obispo, doña María de Mendoza, fue la verdadera fundadora del convento, pues aportó rentas cuantiosas en la escritura de 1585 y regaló preciosas obras de arte de Juan de Juni y Alejo de Vahía. Además de ser promotora de vocaciones doña

María influía en los destinos de algunas monjas de valía como María Bautista y María de San José Dantisco, hermana del vallisoletano P. Gracián. No deja de ser una paradoja que el próspero convento de Valladolid, en el que la Santa había puesto tanto cariño, y que la había ayudado económicamente para otras fundaciones en 1579, la despidiera de forma un tanto desabrida el 15 de septiembre de 1582, en su último viaje, por boca de la priora María Bautista. No obstante, el Carmelo de Valladolid conservó y propagó siempre una gran devoción a la Santa, que alcanzó su cima en la biografía del P. Francisco Rivera, en las fiestas de beatificación y canonización y en los prototipos de la imaginería teresiana creados por Gregorio Fernández.

El capítulo III se titula *La clausura de un convento: un escenario para las letras*. El autor nos describe las sucesivas ampliaciones del convento e iglesia en los siglos XVI y XVII. La descripción equivale a un recorrido por el interior de la clausura: portería, pasillos, escaleras, coro y claustro con sus celdas. La celda que ocupó Santa Teresa se convirtió hasta el día de hoy en oratorio. Las celdas, que al principio eran 13, se aumentaron después de la gran riada de 1637. La economía del convento se asentaba en las buenas rentas de doña María. El primer cuarto del siglo XVII fueron tiempos difíciles, pero el déficit se superaba gracias a las dotes de algunas religiosas. Los gastos eran grandes, pues además de las obras de reparación y ampliación había que pagar a obreros, músicos, capellanes, médicos y hortelano. La huerta era un complemento esencial para los cuerpos y los espíritus. Había en ella tres ermitas dedicadas a Cristo, el Carmen y Santa Teresa, donde las monjas ejercitaban la tradición eremítica de la Orden.

Después de habernos facilitado la composición de lugar, el autor nos ofrece, en el capítulo IV (*Letras para el Amado, palabras con las hermanas*) una relación muy erudita sobre el oficio literario en las mujeres, que explica el sentido de las *Letras Descalzas*. La dedicación de las mujeres a las letras no dejaba de ser una rareza, acaso porque primaba la calidad sobre la cantidad. No faltaron ejemplos de grandes lectoras, entre las que se destacó Santa Teresa. El oficio de escribir en las mujeres se dio con mayor frecuencia en las celdas que en el siglo. Las monjas ejercitaron una especie de «magisterio sumergido», aconsejadas por los confesores. También aquí Teresa es un ejemplo, pues a imitación suya surgieron otras muchas mujeres escritoras como Mariana de San José, Marina de Escobar, Luisa de Carvajal, Mariana de Ágreda o Marina Hernández. Cultivaron varios géneros, entre los que destacaron las composiciones poéticas y las experiencias místicas. Después de habernos introducido en el lugar del convento y en el oficio de escritoras, el autor sitúa a las personas que vivieron en aquellas paredes y ejercieron pasiva o activamente el oficio de escribir.

El capítulo V (*Las descalzas de Teresa de Jesús*) es una presentación de las primeras carmelitas de los siglos XVI y XVII que tuvieron relación con Santa Teresa en Valladolid. El recuento tiene dos partes. Primero se recuerda a las fundadoras que acompañaron a la Santa en la fundación del convento vallisoletano. Eran siete, algunas eran veteranas de La Encarnación y San José de

Ávila, otras habían iniciado su vida religiosa en Medina del Campo. Ninguna de ellas era mujer de letras, aunque de todas quedaron testimonios escritos en las crónicas. Después de las fundadoras acompañantes viene el grupo de quienes profesaron en Valladolid en vida de Santa Teresa, antes de octubre de 1582. La mayor parte de ellas alcanzaron su madurez en el siglo XVII. El autor destaca entre ellas a las religiosas que tuvieron especial relevancia por sus dotes de gobierno o santidad. María de San José Dantisco, la hermana del P. Gracián, vivió diez años en Valladolid, donde copió con buena letra los libros de las Fundaciones y las Moradas. María Bautista, prima de la Santa, fue la segunda priora de la Concepción. Era mujer «allegadora», ahorrativa y experta. Cuando estaba en el lecho de muerte la visitaron los reyes Felipe III y doña Margarita. Casilda de Padilla procedía de la alta nobleza. De niña se escapó de casa para hacerse monja. Santa Teresa acabó concediéndole el hábito y llegó a profesar en 1577. Pero fue una vocación frustrada, que se complicó con el problema de la dote, a la aspiraba el jesuita que dirigía a su madre, María de Acuña, Condesa de Buendía. Esto dio motivo a que la Santa, sin romper con los jesuitas, prefiriera en adelante que los carmelitas fueran los directores de sus monjas. Estefanía de los Apóstoles merece la amplia reseña que le dedica el autor. Santa Teresa la admitió como freila sin dote, por recomendación de los jesuitas. Era una monja santa, dentro de los esquemas de la espiritualidad barroca: apariciones, penitencias sangrientas, luchas con los demonios. Era muy caritativa, agradable de trato y buena consejera. Su fama cundió por el pueblo. Los reyes la visitaban y a ellos se dirigía con sincera franqueza. A Felipe II le pidió que le construyera una ermita cerca de la cocina donde trabajaba, y para que no lo olvidara le aconsejó que se hiciera un nudo en la faja. Las hermanas Muncharaz (Catalina y Casilda) pertenecían a una familia muy devota, pues todos los hermanos (cinco mujeres y dos varones) abrazaron la Orden del Carmen. La madre viuda se hizo también carmelita. El capítulo menciona también a otras religiosas que, aunque no pertenecieron al convento de Valladolid, tuvieron relación con él. Entre ellas se recuerda a la admirable Beata Ana de San Bartolomé, enfermera y amanuense de Teresa, a la que acompañó en sus últimos viajes, y a Teresita de Ahumada, su sobrina.

Los dos últimos capítulos se dedican a cuatro monjas tuvieron estrecha relación con las letras. El capítulo VI (*Las hermanas Sobrino Morillas: las poetisas del Carmelo de Valladolid*), se ocupa de estas monjas escritoras, que recibieron los nombres de María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento. Sus méritos literarios han sido estudiados respectivamente, por Blanca Alonso Cortés y el P. Eleuterio de Jesús. Pertenecían a una familia levítica y literaria, pues el padre, don Alonso Sobrino, era un jurista prestigioso, y la madre, doña Cecilia Morillas, era una mujer que sabía latín, escribía, pintaba y tocaba el clavicordio. Los hijos varones del matrimonio eran tan virtuosos como sus padres. Francisco fue obispo de Valladolid; Sebastián fue fraile franciscano y fray Diego de San José fue carmelita y escribió la historia de la familia. Las dos hermanas heredaron la santidad y cultura de su familia, a las que se añadían las dotes de gobierno,

pues fueron prioras en Valladolid y Calahorra. María de San Alberto escribió con claridad y sencillez tratados ascéticos y poesías. Por desgracia, un superior equivocado, el P. General Alonso de Santa María, ordenó destruir lo que María había escrito sobre las mercedes, las tres vías, la obediencia y los afectos. Solo le devolvieron los salmos y algunas poesías. Cecilia del Nacimiento es considerada la mejor poetisa carmelita. Sus escritos denotan su conocimiento de la teología mística y un sentimiento de la naturaleza, que se expresa en la descripción de las Batuecas (p. 288).

El último capítulo (*De los tiempos de la Corte a la gran cronista*) está dedicado a las dos últimas carmelitas relacionadas con las letras, que habitaron en La Concepción desde los primeros años del siglo XVII, cuando estaba la corte en Valladolid. La primera, doña Brianda de Acuña y Vela, era una representante genuina de la nobleza. Entró en el Carmelo de Valladolid el 16 de enero de 1602, acompañada por los Reyes Felipe III y Margarita. Tomó el nombre de Teresa de Jesús Vela, ejerció los cargos de enfermera y tornera antes de ser priora y maestra de novicias. Se retiraba a la ermita del Cristo en la huerta, donde se entregaba a la oración. Murió con fama de santidad en 1630. Al año siguiente se publicó su «Vida», escrita por la gran cronista del convento, Petronila de San José. Petronila había nacido en Madrid, pero se trasladó a Valladolid en 1601, pues su padre era secretario de la reina Margarita. Entró en el Carmelo a los 15 años en 1604. Fue una mujer virtuosa e inteligente, que desempeñó seis veces el cargo de priora. Pero su mérito más notable es el de haber sido la cronista del convento en la «Breve relación de las Venerables Carmelitas Descalzas de Valladolid». Esta crónica, que permanece inédita, refiere la vida y virtudes de las religiosas, entreveradas con los sucesos cotidianos o extraordinarios que forman parte de la historia del convento y de la ciudad: incendios, inundaciones y sucesos memorables. La cronista falleció a los 76 años en 1666.

No debemos cerrar esta reseña sin ponderar los complementos gráficos del libro. Cada capítulo está precedido por una página que reproduce litografías antiguas de Collaert-Galle y otros grabadores sobre la vida de la Santa. Las fotografías de Francisco Javier Ruiz Ramos constituyen un magnífico apoyo visual a los contenidos de las páginas. Las fotografías contienen tres temas. Obras de arte de escultura y pintura, entre las que destacan las tallas de Gregorio Fernandez. Rincones del convento (torno, pasillos, escaleras, refectorio, ermitas, muebles), que nos sitúan dentro de la clausura. Y reproducción de documentos o portadas de libros antiguos, que encajan perfectamente en el argumento de esta obra.

Letras Descalzas, es un libro muy digno en la conmemoración del centenario teresiano. El autor de la obra y quienes han contribuido a ella merecen los mayores elogios. MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.